

LA LITERATURA Y LA IMAGEN DE JESÚS (ASUNTOS VARIOS DESDE LA ESCRITURA Y LA IMAGINACIÓN)

MEMO ÁNJEL*

Crestianos es el nombre común de los cristianos, es decir «seguidores del rey ungido». Crestianos significa «seguidores del Chrestos, o buen hombre» -bueno en el sentido de simple, integro, llano, auspicioso- y, por lo tanto, es un término menos sospechoso para las autoridades que «cristianos»; porque la palabra cristos sugiere desafío al emperador, que ha expresado su intención de aplastar de una vez para todas el nacionalismo judío.

Robert Graves. Rey Jesús

El cristianismo partió el mundo conocido en dos y, en su conjunto y con el paso del tiempo, se convirtió en la religión mono-teísta más grande de la tierra. Sus seguidores, desde las distintas profesiones de fe, tienen claro que Jesús fue Dios que se hizo hombre y redimió a la humanidad con unas nuevas prácticas éticas que tie-

* Doctor en Filosofía. Profesor. Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín. Escritor.

nen como objetivo poner al reino de los cielos por encima de cualquier otra manifestación terrestre. Con base en esta premisa, Jesús es un hecho cumplido para los creyentes, es el mesías y su presencia y sus seguidores son la demostración de que su aparición (en lo humano y lo divino) fue verdadera y, sobre ella y sus enseñanzas, se construyó la cultura occidental. Y si la historia da más datos del cristianismo que de Cristo, para los cristianos Cristo es el principio y el fin, el alfa y la omega, como se ha grabado en cientos de iglesias y de altares, en las ropas rituales y en los artículos del culto. También está significado por los peces. Dicen algunos que porque inició la era (el evo) de piscis, pero otros hablan de que la esencia del cristianismo (a más de pasar de la muerte a la vida) es la de pescar hombres y traerlos a la comunidad de los fieles. Hombres y mujeres que están en las profundidades, y al ser pescados llegarán a la luz.

Los evangelios

La palabra evangelio traduce noticia buena, mensaje alegre. Y este mensaje contiene el cumplimiento del D-s de Abraham a la promesa de redimir al hombre del pecado, que es lo que lo vuelve un ser servil y con miedo. De aquí que antes que libros de historia, los evangelios¹ sean libros doctrinales, es decir, con un mensaje que hay que entender y apropiarse para que la vida tenga otro sentido. Y si bien cuentan los hechos de Jesús en la tierra, que los evangelistas obtuvieron a partir de fuentes primarias (testigos) y confrontaron con fuentes secundarias (las profecías del *Antiguo Testamento* y lo dicho por algunos cronistas como Flavio Josefo), su objetivo principal no es manifestar a Jesús a partir de formas, pesos y medidas, sino del contenido de su mensaje.

Los evangelios, en especial los sinópticos, estos que tienen un enorme parecido entre sí (Mateo, Marcos y Lucas), se ajustan a contar una historia de Jesús en la tierra para que el mensaje no se aísle de la vida de los hombres, pero más que hechos (que se narran de manera simple)

¹ Que fueron escritos entre los años 65 y 100 de esta era.

su interés es la prédica del nuevo mensaje. Así, Jesús tiene un lugar de nacimiento, un bautizo en el río Jordán, una prédica, la ejecución de unos milagros, un juicio ante los sacerdotes publicanos y las autoridades de Roma, una crucifixión y una resurrección. Ya, en el evangelio de Juan, Jesús tiene un contenido más filosófico: es el verbo, el logos, la palabra.

Estos evangelios canónicos, que se escribieron en griego², no sólo han incitado a la fe, sino a la imaginación, pues el cristianismo se valió también de imágenes para hacer la evangelización en lugares donde las lenguas de los apóstoles no eran conocidas. A partir de iconografías, se difundió el mensaje. Y para hacer estos íconos, los artistas se valieron de las palabras que narraban las formas de los personajes de los evangelios, que describen poco. ¿De qué tamaño era Jesús, cómo era su cara, como las caras y los cuerpos de los apóstoles? ¿Cómo eran los paisajes recorridos, la arquitectura, las bolsas y los cestos, las barcas? Para crear el ícono, los artistas cristianos recurren a su propia contemporaneidad: pintan a Jesús usando, en sus vestidos, las telas que ellos conocen, los cortes que se usan, las sandalias que se venden, en medio de la arquitectura que ven. Lo que en cuestión de imágenes les dicen los evangelios, los artistas lo toman de su propio medio. De aquí, por ejemplo, que las versiones más conocidas del nacimiento de Jesús (los pesebres) tengan más un tinte renacentista italiano que oriental. Y que en estas representaciones se incluyan más camellos que burros, animales muy comunes en el mundo de la Palestina del siglo I.

Con la imaginería (la iconografía), esta que representa a Jesús, a María y los apóstoles, al ambiente en el que se dio la prédica y el momento de la crucifixión y resurrección, se da cuenta (diría que se ajusta) lo que no dicen los evangelios. Hay que imaginar cómo fue aquello (en sus formas y referente), pues no hay nada en los textos sagrados que lo describan al detalle. Y esto no implica que los evangelistas hayan descuidado la narración, sino que no era propio de la época hacer prosa

² El griego, al poseer vocales y acentos, dotaba de más seguridad la interpretación del texto. Lo que no sucedía con lenguas como el arameo y el hebreo. Además, los textos en griego tenían más recorrido que los escritos en otras lenguas orientales.

narrativa³. Lo importante era el mensaje (el evangelio), no las recreaciones literarias que se pudieran hacer para que el lector viera la escena. El objetivo no era ver, era entender la prédica.

Con la aparición de los evangelios apócrifos, que no se incluyen en el canon debido a la disparidad entre los textos (que van de lo mágico a lo gnóstico), los imaginarios sobre Jesús se multiplican y los artistas se valen de ellos para representar a Jesús en situaciones diversas, no narradas por los evangelios canónicos. Va a la escuela, discute con los maestros en el jéder⁴, hace palomas de barro y las echa a volar, su madre corre tras él, etcétera. A Jorge Luis Borges le gustaban mucho estos evangelios apócrifos porque casi que eran literatura: en estos se especula sobre las posibles formas de Jesús, se sueña con ángeles y demonios, se crean posibilidades mágicas, se habla de ocultismo y el mundo es otro.

Autos sacramentales y goliardos

Durante la Edad Media europea, en los atrios de las iglesias y catedrales se representan obras de teatro llamadas autos sacramentales⁵, pues allí se da cuenta de la vida de Jesús. Y para la representación se crean escenarios, se hacen guiones, se buscan actores y músicos. Y lo que no contienen los evangelios, se inventa. El objetivo es enseñar (entreteniendo) a las gentes del campo que vienen a vender sus cosas en los mercados, a los soldados que cuidan del señor del castillo y a los niños que, viendo el acontecer dentro del auto sacramental, se hacen a ideas formales acerca de sus creencias. Estos autos sacramentales se representan en las fiestas cristianas y quienes los interpretan llegan a apropiarse de tal manera de sus papeles, que se transforman y hasta predicán, lo que a veces genera burlas. En especial de los goliardos, esos hombres que fueron expulsados de los conventos por sus actitudes en contra de la fe.

³ Lo que sí acontecía con la poesía.

⁴ Escuela inicial para niños en el mundo judío.

⁵ Los últimos autos sacramentales, discutidos unos, aceptados otros, son las películas que se han hecho sobre Jesús.

Los goliardos, como todos los monjes, son hombres preparados en sagradas escrituras, saben leer y escribir, y algunos son fabricantes de licor y embutidos. Y en su calidad de expulsados, van por los caminos burlándose de todo: se inventan imágenes de los apóstoles, predicán lo mundano, no creen en el demonio y van en contra de la Leyenda medieval⁶, como lo manifiestan “Carmina Burana”, esos cantos al ejercicio del amor y los sentidos.

Con los goliardos, que se representa muy bien en *Gargantúa y Pantagruel*⁷, el libro que cierra la Edad Media (y al que le aumentan dos capítulos que el autor no escribió), las imágenes que propician los evangelios van tomando tintes populares, es decir, son interpretadas desde las figuras del pueblo y sus comportamientos, quizá buscando con ella una empatía más cercana con las creencias, y no una estructura de pensamiento compleja (como propone la teología) que no lleva a ver (que es el entendimiento de quien profesa la fe del carbonero), sino a creer, a veces lindando con la herejía. De todas maneras, los goliardos cumplen con una tarea: confrontan y hacen imaginar lo que pudo pasar en la vida de Jesús, en los sufrimientos de su madre, en el comportamiento de los apóstoles y en la presencia María Magdalena, una figura muy atractiva por lo mundana, y Judas, que tocaba tanto con lo íntimo del comportamiento humano.

Las muertes de Cristo y las madonas

Pero no se debe sólo a los goliardos y los autos sacramentales que la imagen de Jesús comenzara a tomar tintes literarios. También es consecuencia de las prédicas emocionadas, en Semana Santa, desde los púlpitos. Los predicadores, tratando de llegar al corazón de los fieles, adjetivan cada acción del evangelio: lo maravilloso, lo grandioso, lo

⁶ La leyenda medieval no es una leyenda, sino escritos que los creyentes debían leer o, en su defecto oír, para fundamentar y mantener vigentes sus creencias. Herman Hesse escribe un libro sobre ella.

⁷ Escrito por el médico François Rabelais.

excepcional, lo terrible, lo glorioso, son adjetivaciones que, ayudadas de gestos, incentivan la imaginación de los creyentes, que ya no sólo escuchan las palabras, sino que ven el espacio lleno de ángeles que glorifica, de demonios que se esconden, de mujeres que lloran a las puertas de la ciudad, de traidores que cuelgan de los árboles sintiendo cómo el pecho les estalla y cómo caen sus almas al infierno, mientras los justos, en el cielo, voltean la cara y evitan ver eso que es horrible. Y es que, a mediados del siglo XIV, el infierno, el purgatorio y el cielo están narrados: el Dante Alighieri ha escrito *La Comedia* y el impacto ha sido tanto que la han bautizado como *La Divina*. Las palabras se pronuncian y un mundo nunca visto aparece a los ojos y a las conciencias.

Y eso que logra verse debido al adjetivo (que es el que magnifica o minimiza), también es lo que se pinta y se talla en los hospitales (donde las gentes van a bien morir), en las iglesias y en las capillas de los principales. Imágenes que amplían las de los evangelios, que las cambian, que dan otras versiones y contextos. La imaginación de los hombres y las mujeres ha superado la literalidad del texto. Y en esa imaginación hay figuras de las viejas religiones, de las mitologías que siguen vigentes en los campos y de las que se habla con cuidado, pero se habla. Las brujas, los pastores, los que se pierden en los bosques, los locos producidos por las guerras y las exclusiones, dan cuenta de muchos seres que son pecados. Y que de alguna manera se integran a la creencia, ya a manera de demonios, ya como correcciones a eso que es el mal. Los pintores y escultores se dan, entonces, al trabajo de pintar crucificados que demuestren en su cara y en su cuerpo el sufrimiento por el que están pasando. Están interpretando ese umbral que hay entre la vida y la muerte. E igual sucede con los que pintan madonas. La Virgen seduce mucho: es madre, es pura, es bella y delicada y ha tenido a un hijo Dios. Aparecen distintas vírgenes, ya unas como advocaciones conocidas, otras como mero producto del imaginario del pintor. Y a esas madonas que aparecen se dedican cantos, poemas, historias.

Hay entonces una literatura previa a la que se producirá a partir del siglo XIX y XX. Una literatura que linda con la magia y el producto

de las adjetivaciones, con los espacios de sufrimiento y alegría, con las extensiones que provoca algo tan mundano como La comedia del arte con sus arlequines y colombinas, que son algo demasiado simple frente a la inmensidad que produce la reproducción de lo santo, que no sólo tiene qué ver con lo del más allá, sino con la gloria de este mundo.

La revolución francesa y Renán

A finales del rococó, cae la monarquía francesa⁸ y se establece el gobierno de la burguesía. Y en ese cambio de paradigma (se pasa de la creencia a no creer más), los revolucionarios tratan de imponer a la diosa Razón por encima de cualquier otra creencia. Los enciclopedistas (que se dicen ateos), los libros de ateísmo que se venden en las librerías, las filosofías de Rousseau y Voltaire⁹, las tertulias en casa del barón de Holbach, crean otro imaginario de Jesús. Se van contra su figura y su prédica, especulando sobre los contenidos secretos de los evangelios y las maniobras de la Iglesia para que los creyentes no se enteren de estas cosas. A esto responde Joseph de Maistre con *Las veladas de San Petersburgo*, libro base del pensamiento conservador, pero la imaginación alterada de los revolucionarios no quiere saber de nada que no sea lo nuevo, lo que no se ha dicho, algo así como lo que pasó en mayo de 1968¹⁰, cambiando la manera de pensar a partir de la posguerra. Y si para ello hay que crear nuevos dioses y nuevas promesas, las imprentas están listas.

Con la derrota de Napoleón, que de alguna manera es casi la derrota de la ilustración (que, de francesa, pasa a ser kantiana), los imaginarios sobre Jesús han comenzado a variar. Ya no sólo se lo estudia desde la religión, sino desde la sociología, las ideologías, la historia y la filosofía. ¿Lo que se ha tenido por cierto, qué tan cierto es?

Entre 1863 y 1881, Ernesto Renán, intelectual francés, escribe siete libros sobre el origen del cristianismo. Y entre estos hay una *Vida de*

⁸ Que no sólo representa a un gobierno autoritario, sino a la Iglesia católica.

⁹ Que en sus cartas filosóficas inglesas se burla de toda creencia establecida.

¹⁰ Luego de mayo del 68, aparecen filósofos como Deleuze, Foucault, Sponville, entre otros, e intérpretes de la historia como Georges Duby, Umberto Eco, etcétera.

Jesús, en la que Renán teoriza sobre los hechos que narran los evangelios. Sus puntos de vista se basan en la arqueología, en las crónicas de los romanos, en la patrística, en los evangelios apócrifos, etcétera. Desde el racionalismo, el escritor hace un análisis de Jesús y concluye que es un anarquista, alguien que se van contra todos los poderes y crea un grupo que no obedecerá ni a los césares ni a los reyes, pues sus leyes no son las del hombre, sino las de Dios. El libro crea un gran revuelo y de inmediato es colocado en el índice de los libros prohibidos. Y el autor es expulsado del Collège de France con el epíteto de blasfemo. Sus tesis han herido a los creyentes y lo que dice el libro se condena. La razón no lee lo que es teológico, eso es claro. Además, es un libro que llama al desorden y no un real estudio sobre la vida de Jesús, como dice el título, lo que obligaría a leer sus tiempos y no los que vive el autor.

La literatura y Jesús

La literatura cuenta lo que pudo haber pasado. Su tarea es contraria a la de la historia, que cuenta lo que pasó y así da cuenta de hechos pasados, comprobables y situados en un lugar determinado. Y si en la literatura todo lo que se dice es cierto (con el fin de situar al lector dentro de un espacio real), lo que sucede no lo es. O sea, el tiempo, los espacios, las tendencias del sistema, son reales, pero no la historia que se cuenta en medio de ellos. Así, la Francia de Madame Bovary es cierta, pero ella y lo que le pasa no lo son. Pasa igual con Jean Valjean (el personaje de *Los Miserables*), María la de Jorge Isaacs, *Los hermanos Karamazov* de Dostoievski. En cada una de estas historias hay un país, unas costumbres, una geografía, unos climas, pero lo que hacen y les sucede a los personajes de cada novela es una cuestión imaginaria, un supuesto. De esta manera, historia y literatura son cosas distintas. Y en esta distinción, mientras el historiador se debe regir por el rigor y no puede salir de los documentos que le sirven como base historiable, el escritor hace con los espacios y los tiempos, los personajes y los documentos, lo que le viene en gana. Su intención es leer al hombre frente a una determinada circunstancia, no lo que ha hecho el hombre y está documentado.

Sin embargo, mientras muchos escritores dan vida a personajes que se sitúan en espacios y tiempos más imaginarios que reales, a mediados del siglo XX, quizá debido al impulso que Alejandro Dumas¹¹ da a este género, aparece la novela histórica. Ese tipo de novela se preocupará por analizar una época y a un personaje real, presuponiendo muchos de sus actos, espacios íntimos y diálogos que la historia no alcanza a documentar.

La novela histórica, buscará hacer una interpretación más amplia de la que permite la historia, la arqueología e incluso los mismos documentos con los que se cuenta. Va más allá, a lo que pudo pasar (hilando se teje la tela) y no quedó registrado.

En Polonia, un escritor judío, Scholem Asch, escribe en yiddish un libro que su comunidad tildará de hereje: *El Nazareno*. Es una novela histórica sobre Jesús. Asch se interesa en el judaísmo de Jesús, en su comportamiento de acuerdo con el Tanaj (*Antiguo Testamento*), el Talmud y las normas de los fariseos¹² (la Halajá). Y a Jesús lo sitúa entre los fariseos (de donde provienen los judíos modernos), que son lo de más avanzada y quienes se oponen a Roma. Y para situarlo en esa época de guerras y desorden, lo convierte en un judío ortodoxo tradicional que discute sobre el Talmud, que guarda el sábado, sigue la kashrut¹³, cumple con las grandes festividades, ejecuta un trabajo manual como ordena la Torá y cree en la llegada del Mesías. La respuesta que quiere dar Asch es que Jesús, como judío, vivió practicando el judaísmo. Su novela se interna en la parte humana y no en disquisiciones teológicas. Como resultado de esta novela, escribió *El Apóstol* (sobre Pablo) y *María*, haciéndose la misma pregunta: qué tan judíos eran, qué tan judíos quedaron en tiempos de desorden¹⁴.

En 1921, Giovanni Papini escribe *La historia de Cristo*. Y que escriba una historia tantas veces contada no es lo importante, sino que con

¹¹ *Los tres mosqueteros* es una de ella, pues da cuenta del reinado de Luis XIV y el cardenal Richelieu.

¹² Judíos que siguen a un rabino y tienen sus propias sinagogas, desobedeciendo de esta manera a los grandes sacerdotes del Templo.

¹³ Dieta de alimentación permitida en el judaísmo.

¹⁴ Como resultado de las tres novelas tuvo que escribir *Mi creencia*, libro en el que explica su judaísmo y cómo no ha abjurado de él.

lo que escribe, retorna al catolicismo y ejerce como creyente fiel y casi ortodoxo (como Chesterton). Él mismo, escribiendo sobre Jesús, se convierte en un auto-converso.

La vida de Cristo, en la que Papini se centra en lo espiritual, en lo metafísico de la doctrina cristiana, le permite encontrar una visión clara de todo aquello contra lo que venía luchando, que no era un enemigo, sino un amigo que lo acogía (esto se ha dicho). Papini, anticlerical y ateo hasta los cuarenta años, se auto descubre en la novela como católico escondido, que requería de más luz para no mantenerse en el caos. La novela es un éxito y, como responde a muchas dudas espirituales de los católicos, es acogida tanto en calidad de buena literatura como texto de estudio en un tiempo en el que se hablaba de los últimos días de la humanidad debido a los descalabros producidos por la Primera Guerra Mundial, tanto en los cuerpos como en los espíritus. En 1958 escribiría *El diablo* (un estudio a fondo sobre ese ángel caído) y al final de su vida, *El juicio universal*, otra gran obra maestra.

En 1928, Jalil Gibrán, el poeta y glosador libanés, escribe una historia de Jesús, que se inicia en la primavera. Es un Jesús que florece, que siempre habla y quienes lo escuchan se van llenando de paz y esperanza, que lo acompañan y pierden el miedo. El pequeño libro se llama *Jesús el hijo del hombre*, y en él, a la manera de las glosas árabes, en las que las frases se tejen como arabescos, Gibrán da cuenta de su fe maronita, que es un catolicismo enmarcado en la fantasía oriental donde la palabra es cosa y así todo lo que se dice y se pronuncia bien comienza a existir, como sostenía el filósofo judío Filón de Alejandría. Así que Jesús habla y el mundo aparece, le basta una palabra y ya no hay más confusión.

El texto de *Jesús el hijo del hombre*, cuyo título ya es provocador, es un poema largo, en prosa, del que desde la condición humana (la de ser hombre) sale todo lo posible para integrarse a la divinidad. Quizá el escritor parte del salmo que dice: *Y algún día seréis como dioses*. Salmo que también utiliza el psicoanalista Erich Fromm para responder muchas de sus preguntas sobre el humanismo.

En 1936, François Mauriac (quizá el más católico de los novelistas franceses)¹⁵, y tal vez previendo la llegada de la Segunda Guerra Mundial (los totalitarismos de izquierda y derecha ya estaban haciendo de las suyas), escribe un ensayo más en tono literario que filosófico-teológico: *La vida de Jesús*. Y en este ensayo no sólo hace profesión de fe, sino que supone que, en la vida de Jesús, en lo que cuentan los evangelios y los testimonios de sus apóstoles, hay un algo más que se va descubriendo a medida que se practica la ética cristiana, cosa que sólo es posible en el tiempo en que se vive, y con el otro y lo otro con que se interactúa. No sé si con este ensayo da respuesta a una de sus novelas, *La farisea*, una mujer católica que, aparentando, termina creando un infierno cuando bien tuvo la oportunidad de ser lo que era y vivir en paz.

Los novelistas católicos franceses, que se han hecho en medio de un ambiente intelectual anticlerical y ateo, se destacan por la calidad de su prosa, la finura en la argumentación y la profundidad de su convencimiento como católicos. Por esto, en el caso de Mauriac (al que exaltó André Maurois¹⁶) es el de un hombre que, usando la literatura, aporta filosofía y teología a la vida cotidiana. Y su ensayo es eso, lo cotidiano de ser un buen católico, sin aparentar: siendo.

En 1946, Robert Graves, el novelista y poeta inglés, escribe *Rey Jesús*. Ya había escrito sobre romanos y griegos¹⁷ y sobre el último romano, llamado *El conde Belisario*. Así que estaba a tono para entrar en el mundo de Jesús y escribir una novela en primera persona que comienza diciendo: *Yo, Agabo el Decapolitano, he comenzado esta obra en Alejandría el año noveno del emperador Domiciano y la he acabado en Roma en el año décimo tercero del mismo. Es la historia del hacedor de maravillas, Jesús, legítimo heredero de los dominios de Herodes, rey de los judíos, que en el año quincuagésimo del emperador Tiberio fue condenado a muerte por Poncio Pilatos, el*

¹⁵ También se ha dicho que León Blum, pero las historias de éste son más escabrosas y su estética es menos elegante que la de Mauriac.

¹⁶ Biógrafo francés de origen judío.

¹⁷ *Yo, Claudio, Claudio y su esposa Mesalina, El vellocino de oro.*

*gobernador general de Judea*¹⁸. La tesis que va a exponer Graves es la de que Jesús es el heredero de Herodes, que de INRI (*Iesus Nazarenus Rex Iudaeorum*) no es una burla del populacho, sino un reconocimiento. Este título, puesto en la cruz, se escribió en hebreo, griego y latín, según la tradición, lo que querría decir que Jesús reclamaba un derecho y por ese derecho hubo un complot para matarlo.

Robert Graves, apoyado por sus conocimientos sobre mitos y leyendas orales, se dejó llevar por un supuesto. ¿Y si Jesús si fuera rey? ¿Si, como en el caso de Edipo, al niño se lo llevarán lejos del padre para que no pudiera cumplir con el cometido que le asignaban las estrellas? ¿No son las palabras las que crean los hechos?

La novela de Graves pasó a engordar el acervo de novelas sobre grandes personajes, pero su marco histórico contiene detalles que casi son de especialistas. Robert Graves era un poeta y se creó una poesía que lindaba entre lo griego y lo vikingo. Le gustaban las sagas y las runas.

Nikos Kazantzakis es un escritor griego, muy controvertido, expulsado por la iglesia ortodoxa griega y excomulgado por la católica. Su pensamiento, que más se parece al de Epicuro y al de Sócrates¹⁹, lo puso siempre en apuros cuando escribió sobre religión. No porque negara a Dios, sino porque consideraba humanos a los dioses, como los viejos hombres del Mediterráneo. En 1948, escribe una novela: *Jesús de nuevo crucificado*, en la que narra una semana santa y como en ella se crucifica a un hombre que no es admitido por la comunidad. El pope pide su muerte y los creyentes la hacen posible. Usando la historia de Jesús, la coloca en la actualidad y los hechos vuelven y se dan. Y esto da respuesta a la novela de Carlo Levi (publicada en 1945), *Cristo se detuvo en Éboli*, en la que se dice que Jesús no llegó nunca a Europa, que su doctrina fue detenida por las culturas ancestrales, por las religiones de los bárbaros y por el afán de destrucción que habita y es espíritu de las tribus europeas, no importa que hoy sean Estados.

¹⁸ Robert Graves. *Rey Jesús*. Primera parte. Simples, primeras líneas.

¹⁹ Al narrado por Jenofonte, y no por Platón.

En 1951, Kazantzakis da a conocer *La última tentación de Cristo*, en la que narra como un ángel lo tienta, en el momento de la crucifixión, para que se baje de la cruz y se case con María Magdalena. Y esto pasa: Jesús no se entrega por los hombres, sino que sigue a una mujer. Y cuando María Magdalena muere, se casa con otra: la hermana de Lázaro. El escándalo es inmenso, pero Kazantzakis no se retracta de nada. Un novelista está en derecho de suponer otro lado de las cosas, así éstas sean las de un renegado. O en creer, como los griegos antiguos, que los primeros hombres, los mejores, fueron el fruto de la unión entre un dios y una mujer. Semidioses que habitarían entre la gente. Y demonios, muchos demonios, que no pararían de tentarla.

Para 1962, aparece la traducción al español de *Marco el romano*, la novela del escritor finés Mika Waltari. No es una novela sobre Jesús, sino acerca de un hombre que es testigo de los tiempos de Jesús, de la prédica, la muerte y la historia de que ha resucitado. Marco, al estar seguro de que Jesús es Dios, trata de hacerse cristiano, pero su condición de romano se lo impide. El cristianismo naciente lo rechaza, sólo se admiten judíos en él. Son tiempos de revueltas, apocalípticos, Dios lo escoge a uno, uno no escoge a Dios. Por esta razón, Marco se da a vagar por Palestina, esperando una señal, un encuentro.

Pero dentro de la novela, Waltari, da cuenta del funcionamiento sanedrín y de uno de sus miembros, José de Arimatea, quien es el encargado de bajar a Jesús de la cruz y enterrarlo según los ritos judíos. Y con ese personaje, que, apenas sí es nombrado por las crónicas, aparece la Magdalena, el grial, el viaje hasta el norte de Francia, huyendo del mundo en guerra de Palestina. Waltari, que sabe de egipcios, etruscos, defensores y atacantes de Constantinopla, de concilios y viajeros, crea la novela de los que se van con algo de Jesús (llevan el grial que contuvo su sangre) y del que busca a Jesús. Los tiempos, la geografía, el ambiente, le dan mucha credibilidad a esta novela de *Marco, el romano*. Y si bien es una ficción, conmueve y se inserta en la memoria. Todo ha sido muy verosímil.

Uno de los slogans de mayo de 1968, “La imaginación al poder”, y otro que aparece en las paredes: “Prohibido prohibir”. El mundo cambia, el desencanto cunde, todo hay que mirarlo de nuevo para ver que hay allí de cierto. Y si la tarea es de filósofos, arqueólogos, genealogistas, de gente que se pregunta de nuevo qué es la locura y el poder, la justicia y el sentido de la expresión, la literatura también quiere buscar. Cambian las novelas sobre la guerra, las de amor, los viajeros plantean nuevos viajes y Jesús aparece de nuevo. Un portugués, José Saramago, escribe una novela: *El evangelio según Jesucristo*, aparece publicada en 1991.

Inspirado en un cuadro de Jesús crucificado (y un grabado que lo reproduce) de Albrecht Dürer, conocido en español como Durero, Saramago de da a la tarea de cuestionar la relación entre el hijo (Jesús) y el padre (sin nombre). Y crea un espacio de discusión en torno a sí fue necesario que se mataran niños para que Jesús se salvara o si había que condenar a Judas a ser traidor para que una profecía se cumpliera, entre otras. Y en esta discusión aparecen personajes que representan trabajadores del campo, obreros de la ciudad, sacerdotes como dictadores y mujeres vencidas por el peso que les impone la cultura. Y, a la vez, Jesús humanizado, enfrenta a su familia porque no creen que Él sea el Mesías, a la vez que recibe las chanzas de quienes lo llaman el pastor que habla con el diablo. Así, Jesús es hombre, cándido, que es engañado y cuando ya se da cuenta está crucificado. El libro, termina diciendo en el último párrafo: *Luego se fue muriendo en medio de un sueño, estaba en Nazaret y oía que su padre le decía, encogiéndose de hombros y sonriendo también, Ni yo puedo hacerte todas las preguntas, ni tú puedes darme todas las respuestas*²⁰. Saramago pasó como un irreverente, pero el libro lee bien una pregunta: ¿Y si hubiera sido de esta manera?

En 1997, Norman Mailer, que acaba de salir de un enorme estado de depresión, publica *El evangelio según el hijo*. Mailer, uno de los escritores norteamericanos más contestatarios, autor de *Los desnudos y los*

²⁰ José Saramago. *El evangelio según Jesucristo*. Texto colocado en Internet por la masonería internacional.

muertos, novela en la que lucha contra las ideas guerreristas y por esto es llamado anti-patriota y judío comunista, pone a hablar a Jesús en primera persona. Es un Jesús que se confiesa esenio, conocedor del agua y la madera, de la vida en soledad en el desierto y de la manera de entender al Dios-padre en los silencios y los vientos.

Por primera vez, Jesús es esenio y esto de que lo sea, de que habite más allá de todo verde y sepa moverse por entre las piedras, de que no tema a las inmensos carencias de palabras y a las dunas que cambian imperceptiblemente siendo cada día otras, es una propuesta sobre un Jesús que reflexiona, que se va del mundo y regresa a él con palabras nuevas. Y si bien algunos tildaron al escritor como un aliado del demonio, lo cierto es que hace una linda novela donde, por medio de Jesús, el lee sus propios estados emocionales, los del hundirse y volver a salir a la superficie.

Pequeña conclusión

Sobre Jesús se ha escrito mucho, se han filmado películas sobre su vida y existen miles de pinturas que darían razón de su imagen. Es un hombre que inquieta, un Dios que cuestiona, una ética que creó a occidente y ahora trata (o siempre ha tratado) de que ese occidente no se salga de los límites de una moral que se plantea como buena, que para millones es verdad absoluta y para otros referente e inicio de la cultura. Incluso para los que creen en extraterrestres, como el escritor español JJ Benítez, que colocan a Jesús en los espacios de los mundos que se repiten sin fin, como pensaba Giordano Bruno.

Escrito en Medellín, donde hay tantas y variadas versiones de todo.